



NOTAS SOBRE LA MUSICA SIN CONCIERTO

Por FEDERICO SOPEÑA

Tengo en mi mesa el libro favorito. Puedo leerlo cuando quiera, en la hora más solícita; puedo dejarlo allí muchos días; pero mi memoria sabe dónde está la página que mi alma pedirá mañana. Y la música que yo quiero, ¿dónde se encuentra? Un día cualquiera, sí, tomaré mi billete para el concierto y la oiré con los demás, quieto en mi asiento, silencioso por cortesía—los versos queridos se aprendieron siempre en voz alta—, obligado a extasiarme cuando el cuerpo o el alma quizá

imploren una cosa distinta. Todos leen versos y pocos dirán que sienten cada día, cada hora, no ser poetas. En cambio, ¿qué aficionado no siente como desgracia su forzada inmovilidad ante el piano? El melancólico desequilibrio de tantos melómanos tiene fácil explicación: nacidos en una época que ha vislumbrado el ensueño a través de la música, deben someter a regla, a tiempo fijo, el mismo vuelo del espíritu. El melómano, por ejemplo, tiene que sujetar su ilusión a reglas escolares: en el verano